



EL PERSONAJE DE MI PUEBLO

Varios autores

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

EL PERSONAJE DE MI PUEBLO



Varios autores

EL PERSONAJE DE MI PUEBLO



EL PERSONAJE DE MI PUEBLO

ISBN:

- © Melissa Martínez
- © Diana Liceth Portocarrero Libreros
- © Natalia Trejos Medina
- © Alejandra María Lerma García
- © Luisa María Rodríguez Astudillo

Clara Luz Roldán
Gobernación del Valle del Cauca

Leira Giselle Ramírez Godoy
Secretaría de Cultura

República de Colombia

Coordinador Editorial
José Zuleta Ortiz

Diseño y Diagramación
Daniela Santamaría Campo

Primera edición, noviembre de 2020

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los editores y de los propietarios del *copyright*



CONTENIDO

Los niños y jóvenes del Valle del Cauca escriben	9
PEINADITO <i>Melissa Martínez</i>	11
VÍCTOR LATA <i>Diana Liceth Portocarrero Libreros</i>	23
JOSEFINA LA ANCIANA <i>Natalia Trejos Medina</i>	31
EL HOMBRE QUE POR RATOS MARTILLABA	39
LA VOZ DEL PRÓJIMO <i>Alejandra María Lerma García</i>	55
CONVIVIENDO CON LOS MUERTOS <i>Luisa María Rodríguez Astudillo</i>	65

LOS NIÑOS Y JÓVENES DEL VALLE DEL CAUCA ESCRIBEN



La promoción de la lectura y la escritura debe ir más allá de las usuales recomendaciones académicas para convertirse en acciones prácticas. La ventaja de la crónica como género es que promueve la curiosidad de investigador nato que es el niño, a buscar en su entorno historias para contar. Los niños de ese modo salen del mundo en qué viven y se da a la observación del mundo que le rodea, esto es el primer paso para enfrentarse de manera activa con el mundo en que vive. En esa perspectiva hace algunos años la Biblioteca Departamental del Valle citó a estudiantes de colegios del Valle del Cauca a un concurso de crónica sobre personajes de sus pueblos.

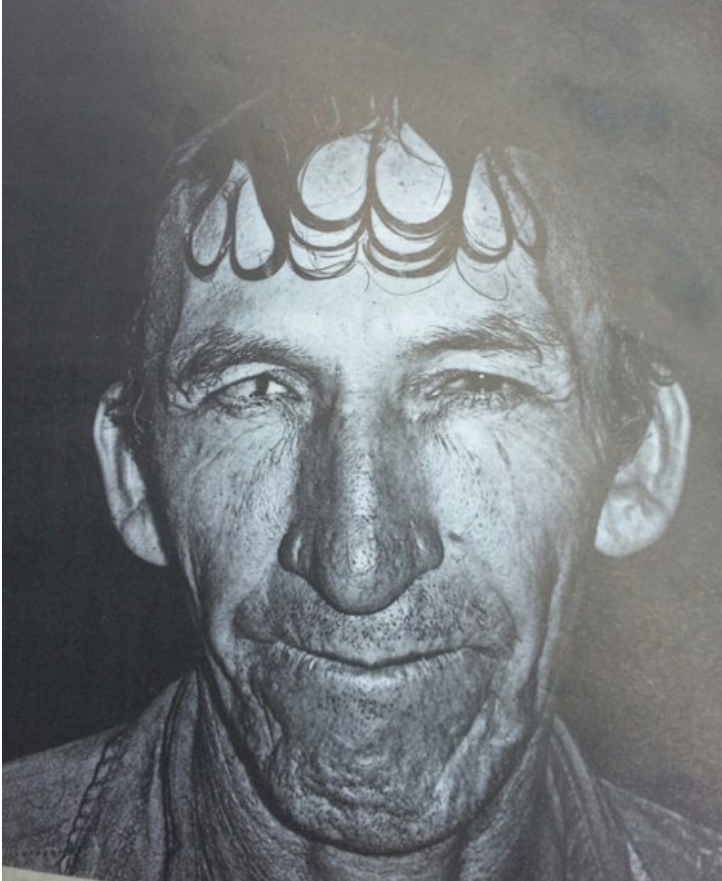
Presentamos aquí algunos de los finalistas que fueron escogidos por el escritor Harold Kremer de Buga. Son crónicas logradas en dicho concurso que ilustran lo que pueden hacer los niños con una motivación y sin más armas que su talento narrativo y su capacidad de observación.

Agradecemos a el escritor Harold kremer por la selección de estas crónicas.

Clara Luz Roldán
Gobernadora del Valle del Cauca.

PEINADITO

Melissa Martínez





Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Si se mira rápido se ven cinco, pero si se mira de cerca la cifra se duplica o ¿triplica? resulta confuso. Los residuos de gel barata adheridos a la piel, los pelitos sueltos y lo extraordinario que resulta hacen perder la cuenta. Pero no importa, el hecho es que tiene corazones en su frente que obligan a regresar la mirada, a enfocarse y a preguntarse si son dibujos o una especie de sombrero. Y Sí, son dibujos, dibujos hechos con cabellos canosos y delgados.

“Por ahí me dicen peinado”

Don José arrastra su poco cabello desde la mitad de su cabeza hacia adelante, ocultando su calvicie con corazones prolijamente elaborados. Tiene una pequeña masa de carne en su ojo derecho, pero eso solo se nota

cuando se está a menos de un metro de su cara. Los corazones no, tienen una capacidad inmensa de resaltar, tienen voz propia, no es don José con un peinado, son corazones de cabello sobre un ente que los exhibe. Su peinado absorbe su identidad, él es el peinado y por ello en su pueblo le dicen *“Peinadito”*. Toda su familia vive en Popayán, familia de la que él sabe poco, tan poco que duda si su padre está vivo o no, y al decirlo se nota en él un aire tranquilo y seguro, una sensación que contradice lo que normalmente provoca nombrar la muerte de algún ser cercano. ¿Y los hijos? Representan una carga que pareciera no estar dispuesto asumir, la soledad es algo que disfruta.

Mide un poco más de 1.60 y la ropa se aferra a sus huesos porque no hay carne de la que pueda hacerlo. Sus manos tienen la inconfundible marca del trabajo en los cafetales, son toscas y llenas de heridas que el trabajo le dejó y no han sanado. Si no fuese por la forma como organiza su cabello, la apariencia de don José se confundiría con la homogeneidad de los días de mercado en el pueblo. No le gusta la política pero si la música romántica, la popular y los vallenatos viejos. Su familia es del Cauca, él también, pero ha vivido siempre en Sevilla. Tiene 46 años, y es un completo acto de fe creer que es así, porque aparenta más, muchísimos más.

“Con mucha curia”

En semana *“jornalea”* cogiendo café en las fincas del

pueblo. Los sábados, sube a la plaza a pasar el rato, a ver las niñas que también vienen del campo bien arregladas y que tanto le gustan, y sobre todo, viene a ver jugar billar, sólo a eso, a ver. A dos cuadras de la cantina donde suele sentarse al lado de las mesas de billar, venden el gel que a él le gusta. Las condiciones para que un gel sea de su agrado son exigentes. Con un nombre impronunciado, un gel en cojín resulta ser la mejor opción para don José. Es azul y espeso, y lo más importante: tiene un perfume fuerte. Le gusta que le digan “-Pero se echó todo el perfume papi”, y ¡claro! como gasta cuatro cojines semanales de gel, produce un exceso en su frente que no necesita echarse nada más para olerle rico a las niñas.

Los fines de semana que está en el pueblo, pasa las noches en una habitación cerca al centro. Frente a un espejo de tamaño desproporcional a su pequeña figura se peina durante un largo rato dependiendo del estilo que decida usar. Para él la “curia” - paciencia y concentración- es lo que le permite organizar así su cabello. Después de mojar su cabeza, con una peineta que saca de su bolsillo trasero, literalmente aplasta todo el cabello en su frente. Mientras hace eso, describe cada uno de los estilos que son de su autoría. Existen casi cien formas, y a cada una le tiene su debido nombre. El peinado “argentino” por ejemplo, se asemeja al de Betty la fea y se trata del más básico de todos y con el que inició en 1990; o al que llama “el del 2010” que es una de sus invenciones más re-

cientes y son dos corazones grandes en el centro con dos jarras a los lados; hay también muchos más que están “*archivados*” tal como llama él a los peinados que no exhibe frecuentemente, entre ellos está al que él llama “*90 pa´rriba*” que es una de sus invenciones de principios de la década del noventa. La diferencia entre un estilo y los demás es la cantidad de corazones y los elementos que lo acompañan como figuras confusas a las que él llama “*jarras*”. Al acomodar su cabello para empezar a manipularlo, separa ese bloque que formó al estilo Betty en dos. De cada extremo interno toma una parte pequeña hacia arriba formando una curva que después une con el extremo de otra partecita de la otra mitad. Con mucha “*curia*” acomoda esos extremos y forma así un corazoncito al revés. Con cada parte va formando más y más corazones que van en orden ascendente de tamaño. El peinado de esta vez se llama el “*arriero*” y es un corazón grande que ocupa el centro de su frente y que contiene cuatro corazones más pequeños. La única relación que se puede evidenciar entre los nombres y el estilo del peinado sería quizá la fecha, nada más. Él simplemente los nombra y ya. Son capas sobre capas de gel que huelen a limpio y detergente. “*ni el viento ni la bicicleta, ni ningún vehículo me despeina. Las muchachas me dicen – a ver papi- mientras me tocan la cabeza –a ver si se despeina papi - pero nada, nada me despeina* “. Entre su cráneo y el exterior no solo hay piel y cabello, hay una inmensa franja de gel seca y rígida.

“Una memoria muy tremenda”

Cada variación entre un peinado y otro don José la tiene muy presente. Esos casi cien estilos tienen un espacio de sobra en la memoria de su creador, espacio que comparten con las muertes que a don José le ha tocado ver a punta de machete, cuchillo y plomo. La que más recuerda es en Alcalá, Quindío, cuando le tocó ver una decapitación *“¡Eh ave María! Queda ese saco ahí brincando lejos de la cabeza”*, momentos que graba y se le han quedado incrustados en su cráneo como sus corazones.

“Este arte de corazones que yo hago es para atraer a las mujeres”

El objetivo de sus corazones es atraer a las muchachas. El ser que luce todos los fines de semana corazones sobre sus cejas cree firmemente que es así, que funcionan como un imán para las mujeres. El machismo imperante en el pueblo no ha hecho estragos en don José. Preocuparse por su imagen no le parece poco masculino, y en cambio le dedica a su cabello diariamente una hora o más para atraer a las jóvenes, porque él ya descubrió que es lo que a ellas les interesa y que a él le sobra: originalidad.

“Yo he sido debuenas pa´ todo, pa´ la plata, pa´ el chance, pa´ todo. Pa´ l amor, pa´ las casadas, pa´ las solteras, pa´ las jóvenes. Pa´ todo.”

Además de la originalidad, la suerte es básica para atraer a las mujeres. *“Una hermana fea y dos bonitas ¿Quién se va primero?” “...la fea, porque tiene suerte”*. La seguridad que emana don José no nace de creerse atractivo, él cree firmemente que tiene algo más que los demás, que es especial y su forma de peinarse hace parte de esas características extraordinarias. Con las parejas ha tenido buena suerte, mujeres que le gustan y mientras alardea de eso aprieta su boca y llena sus pulmones de aire. Se siente orgulloso de cada mujer que ha tenido entre sus piernas, y lo enorgullece más aun afirmar que las puede mantener ahí, felices por seis horas, sin parar. El amor es algo efímero en su cabeza, tiene vida corta en él. Ha tenido también suerte con el chance y con las niñas. En el año 92 se ganó el chance con el 637 con Boyacá, se emborrachó y fue a dar a la casa de una amiga de uno de las cantinas que visitaba en ese entonces. Ya en la cama, sintió que alguien se acostaba a sus pies, no le prestó atención y continuó durmiendo, *“Cuando me agarran una mano y veo que es la hija de mi amiga que tenía 10 años, se mandó mi mano pa’lla pal´ medio y me dijo –le hacemos o grito que me está violando- me tocó, obligatorio o me embalaba” “...No es culpa mía ¿Qué culpa voy a tener yo?, no es por fantochar pero las mujeres me cargan muchas ganas y soy de buenas porque todavía tengo amiguitas de 14, 15, y 17 años, que culpa tengo yo si pa´l amor tengo suerte”*

Nunca ha tenido ningún vicio aparte de las mujeres, esa es su adicción, las mujeres jóvenes y frescas,

que lo ponen a sudar y que sudan parejo con él, que le aguantan el trote y que terminan cuando él quiere. No antes. Para él una mujer vale pero sin hijos, que exista una igualdad entre ambos, sin responsabilidades ni compromisos, que en la cama sea exigente y no se canse porque don José es sin piedad y la mujer que este con él tiene que dar la talla *“Soy muy potente, muy alto de naturaleza. Una potencia brava con las mujeres, cualesquiera no me aguanta. Uno dura según el arte que uno le haga, el arte según como uno las trabaje, a según como uno arranque, tiene que ser en mera cámara lenta”*

“La pantalla”

“Esta semana voy pa’ Marsella a dar pantalla” En Marsella, Risaralda, le dicen *“corazones”*. A él no le importan las *“chapas”*, más bien parece que le agradan ya que hacen alusión a lo que él más disfruta de su imagen. Don José no tiene un domicilio estable, en sus propias palabras es un andariego. Su peinado a donde llega es innovador y distinto, no es difícil atraer la atención de muchas personas, por lo cual ir de pueblo en pueblo es algo que le garantiza reiterarse el objetivo que tiene con su cabello y lo original que es. *“En ninguna parte usted encuentra ese peinado mío”*. Así, su peinado se convierte en su cara, en su presentación, le gusta ser recordado por él, su estilo se convirtió en la fórmula para destacarse, para bri-

llar, para llegar a un lado donde todos son una masa uniforme y romper con eso y hacerse ver. Vive en función de la mirada del otro, y su cabello es el instrumento perfecto para lograrlo.

“Cada veinte minutos me hago un peinado y los pongo a volar”

Un sábado en la tarde por ejemplo, a don José le gusta pasar por una cuadra por donde se sientan las personas a charlar y a tomar tinto. Se va despacito disimulando que lo ve todo, pero lo que quiere es que todos lo vean. La cercanía del cuarto que renta a las calles concurridas por el día, le permite que si sale rápido, pueda llegar en cuestión de minutos frente al espejo de su habitación. Moja su cabello y con la destreza que ha logrado a través de estos veinte años, cambia completamente su peinado y regresa al centro. Como si no hubiese pasado nada, ni hubiese ido a su casa, recorre de nuevo la pasarela, esta vez más despacio para que se note que ha cambiado de peinado *“los hago ver al diablo”*, exclama mientras se ríe y exhibe su temblorosa caja de dientes.

“Las mujeres me preguntan -¿Papi usted es que mantiene muy enamorado?- que porque mantengo lleno de corazones” la cara de don José es reconocida por muchos en el lugar donde vive y en otros pueblos. *“A mí me han tomado más de tres mil la fotos”*, fotos por las que

le han pagado hasta cincuenta mil pesos, imágenes que han aparecido en revistas o páginas web que él presume mientras vocifera una de las direcciones "*www.com.cai-cedonia*". Él es extraordinario, es único y lo tiene más que claro "*Es que yo soy el personaje de todo Sevilla. ¡Ahí donde me ve! la suerte del gavilán no es la misma del garrapatero*".

VÍCTOR LATA

Diana Liceth Portocarrero Libreros



Foto: Alvaro Portocarrero Hermann



Caminando por una calle del centro de Palmira, debí bajarme del andén para no atropellar a una anciana, la población ha aumentado tanto que ya no podemos transitar libremente. Mientras intentaba esquivar alguno de los huecos que en ese tiempo tenía la vía me tomó por sorpresa una mano que se veía casi encima de mí, oscura, no supe si por la pintura que tenía pegada, o por su color natural. Empuñada para que la chocara con la mía también empuñada, escuchaba casi a la par: ¡energía!, es de suponer que yo le respondía de igual manera y efectivamente así lo hice ¡energía! le dije esbozando una sonrisa, era casi imposible negarse a tan amable y contagioso saludo.

Él era Víctor Lata, particular artista palmirano, llevaba puesta su fiel acompañante chaqueta azul con cierre

adelante, su típico sombrero de tela de color azul oscuro, de su cuello colgaba un pequeño bolso artesanal y una bufanda con rayas de colores, su cabello, como siempre con sus largas rastas. Iba en su pequeña motocicleta característica, desbaratada y mal ataviada para muchos, o chévere y bacana para otros, en la cual llevaba sus obras enrolladas y amarradas.

En su rostro estaba siempre esa sonrisa picarona, que no me permitía pensar si las personas miraban, comentaban o cuestionaban. La gente hacía eso, aunque estuviesen acostumbrados a verlo. En el fondo me agradaba que me observaran. Era todo un personaje, con cualidades innatas, versátiles y excepcionales, eso hacía que fuera toda una aventura hablar con él. Tenía apariencia de loco ¡era un loco!, un loco cuerdo... un artista. Se le atribuía el sobrenombre “Víctor Lata” porque en ocasiones usaba hojas de lata o latón para realizar sus obras pictóricas.

En la ciudad no hay una persona que no conociera a Víctor, se dice que: “en cada casa palmirana hay por lo menos una bicicleta y un Víctor colgado en la pared”. Seguida de su característica palabra de saludo llegaba aquella también particular: “¡amistá! dame mil por este, o ¿cuánto tenés?”. Nadie se quedaba sin darle algo ya que se destacaba por ser genial amigo y ciudadano sin comparación. Sus luchas eran en la calle, contra la injusticia, contra los corruptos, contra el maltrato al medio ambiente, etc.

En alguna ocasión, en una exposición de pintura realizada en la Cámara de Comercio de Palmira, entró al salón con su típico atuendo, sin tener en cuenta el protocolo relativo al evento. Llevando consigo y debajo del brazo, gran cantidad de obras envueltas en forma de rollo, siguió al centro del lugar, buscó al mesero que portaba una bandeja con vasos llenos de vino, tomó uno, y sin más prelude desenrolló sus obras las cuales ofreció por doquier al mejor postor. Algunas personas lo miraban enojadas, comentando el despropósito de este personaje en dichas condiciones y en tan elegante evento, el resto miraba en lo que podríamos llamar, morbosa complicidad a su irreverente y audaz comportamiento.

Por algunos de esos paseos obligados que nos permite recorrer la mayoría de las oficinas de nuestra ciudad, me percaté de la realidad histórica con nuestro afamado artista; bien podría decir que Palmira tiene exposición permanente de Víctor lata. Paradójica pero común sería para mí la vida de Víctor, cuando un día llegando a la estación de buses, ya bajándome del bus, me llamó la atención en una venta ambulante el titular de un diario local “Víctor se está muriendo”, sentí un no sé qué, no captaba si la molestia era por el crudo aviso, o si era por la impotencia que me producía saber tal noticia. No era difícil conocer el verdadero estado de Víctor dada su popularidad. Conseguí información, era algo arriesgado ir a verlo, vivía en un barrio de esos en que se necesita conocer el santo y seña para poder pasar. Me enteré que unos amigos de él, también artistas, lo llevarían al hos-

pital y me fui con ellos. No tuvimos inconveniente, su popularidad traía consigo un pase por tan custodiado lugar; Al llegar a lo que no llamo casa porque para mí no lo era, me preguntaba una y mil veces porque vivía de esa forma, también me respondía que este era un gran ejemplo de desprendimiento de la interesada, consumista y desalmada vida que llevamos. Se encontraba con él Fedora, su fiel compañera de los últimos años. Él nos saludó en su particular forma, se veía sonriente y haciendo gala de su buen humor, nos invitó a seguir a su humilde morada.

Esperamos la ambulancia que lo llevaría al hospital, y como para estar acorde llegó una... digamos que ambulancia, porque se bajaron de ella un hombre y dos mujeres bonitas, con atuendos de acuerdo al lugar de donde provenían. Víctor no se encontraba en condiciones de dar un paseo en tan característico auto, por lo que se pidió uno idóneo para la ocasión.

Cuenta Nubia su incomparable amiga, quien sufre de filantropía, que a nuestro típico personaje, lo agobiaron grandes dolores inmunes a también grandes dosis de morfina. Hecho que no doblegó jamás a Víctor lata. Cubierto de una admirable fortaleza, cantaba, levantando el volumen en cuanto más fuerte fuera su padecimiento. Finalmente su canto y su alma se elevaron lentamente al cielo, dejando en este pueblo, una gran tristeza y desazón; y las calles por las que aún vemos en medio de los autos incautos transeúntes, muchas veces

vimos ondear por el viento y el tortuoso rodar de una desbaratada motocicleta, unas largas rastas y una fiel chaqueta azul.

Por estas mismas calles y nadie lo hubiese imaginado, quedó impregnado en nuestras memorias aquel que según sus colegas fuera el pintor palmirano más homenajeado en vida, algo así como profeta en su tierra y el coro disonante de voces que al paso de féretro entonaban: “adiós, Víctor, adiós Víctor” y otras que más osadas auguraban un buen lugar al lado del de arriba.



JOSEFINA
LA ANCIANA

Natalia Trejos Medina





Erased una vez en un pueblo, existía una señora llamada Josefina Meneses, Pero todos la conocían con el nombre de Josefa, ella es de edad avanzada, estatura pequeña, el color de su piel es canela oscura, con una carita llena de arrugas por todas partes del duro trajinar de esta vida, su cabello se nota pegajoso por cuanto parece ser que no se baña, cubriéndolo con una cachucha de color oscuro, su vestimenta es variada: usa jeans de colores oscuros y blusas anchas de colores similares a los anteriores, son varios los días que pasa con esa pinta, hasta una semana y es raro verla sola, siempre anda con sus perros negros que son sus amigos inseparables. A Josefa como es conocida aquí en el pueblo, siempre pasa por el barrio Pueblo Nuevo y el barrio los Alpes hasta llegar a la alcaldía municipal de Restrepo Valle junto a sus inseparables perros de color negro que

en las buenas y las malas no la desamparan en su recorrido. Josefa es una señora según su forma de ser muy pacífica no es vulgar, no es irrespetuosa con los adultos y con los niños, los ve pasar y lo único que hace es sacarles una lengüeta como en son de mueca amostrándosela a los que pasan por el lado de ella.

Si tú la quieres ver te das una pasada por las calles donde está el edificio de la alcaldía municipal, miras en un rincón donde está la puerta garaje de color gris, encuentras que hay tarros desechables, vasos, chuspas de papel y los viandas en los que las personas de buen corazón le dan algún bocado de alimento sólido o líquido para su sustento diario, y de ahí come ella y sus inseparables amigos los perros. Josefa es hasta muy juiciosa, por cuanto ve una hoja de palma, una rama de un árbol o cualquier basura tirada en las calles y ella los arrecoge, siempre hace su acostumbrado aseo todos los días a los andenes de la alcaldía y al frente en donde está el sardinel o separador de la avenida. En la bajada de Pueblo Nuevo hacia la calle del chatarrero Omar, hay una estructura de madera donde se cree que hubo una carrocería de un camión y ella se para allí un buen rato hasta que decide guardar debajo de estos restos toda la basura que encuentra en la calle. Cerca de la galería nueva había un árbol de parpayuela y una señora decía que no comía de esos frutos ni regalados, porque Josefa hace sus necesidades junto a ese árbol, un día de la noche a la mañana el árbol desapareció y no supimos si alguien lo cortó o Josefa se lo llevo para

su rancho. A Josefa en las horas de la tarde siempre va subiendo a su cambuche, con su costal al hombro lleno de cuanta basura encuentra en la calle, y ahora carga también una chuspa de papel y nadie sabe que lleva en ella. Se dice que Josefa usa esos blusones, por cuanto allí carga perros y gatos que se encuentra en la calle con todos estos animales que Josefa recoge y lleva a su cambuche dizque se los come, es el decir de algunas personas que la conocen hace más tiempo que yo, a veces creo que esto puede ser verdad porque al pasar de los días ya no los tiene.

Su recorrido hacia su cambuche lo hace todas las tardes a pie haciendo una cantidad de muecas como sacar la lengua y darse cachetadas en la cara, a Josefa no le conozco la voz, si es verdad que la tiene porque todo lo que hace son muecas, pero como se nota se da a entender que es inofensiva. No parece ser de esas personas resabiadas que lo que le dan de comer lo tira a un lado, por el contrario, recibe y se lo come. A Josefa nadie le regala ropa porque la guarda hasta que le cae mal de tierra y todo se le daña. Pero también hay que decir, Como en toda parte hay personas de buen corazón seguro que le compran cositas que necesita, como papel higiénico, cepillo de dientes, crema dental, ropa interior, valla a saber si los usa o los guarda, esta anciana aunque esta sucia no huele mal. En su cambuche tiene diferentes artículos y chucherías que no sirven para nada tales como: tarros de aceite, tarros de agua, chuspas plásticas de los almacenes de nuestro pueblo, también palos

de escoba, trapeadores, mechas y trapos sucios que no valen nada.

De la alcaldía le hicieron una visita a su casa de habitación y sacaron varios costalados de cosas inservibles que luego llevaron al basurero de la vereda el Aguacate para incinerar, y valla a ver qué mujer tan brava y enojada por cuanto le habían hecho esa limpieza. Esta venerable anciana no le gusta que la lleven al médico, ni que vallan esas brigadas de salud que hace el hospital a su morada, y tampoco le agrada que le busquen sitio en el ancianato, por cuanto no puede tener allí sus perros y gatos que son sus amigos predilectos. Sera que la pobre viejecita no conoce las monedas porque no entra a ningún negocio a comprar alguna cosa que necesite ni tampoco se le nota enferma por cuanto no falta su paseo por las calles de Pueblo Nuevo. Analizando a Josefa parece ser que nunca ha mirado un programa de televisión, nadie sabe si fue a una escuela, si sabe leer y escribir, si tuvo alguna diversión, pasatiempo juego de niños o algo parecido. Cuentan los entendidos que a Josefa “se le corrió la teja” desde una vez que teniendo una hija propia, se le murió, y unos familiares que viven aquí en Pueblo Nuevo la recogieron y le dieron posada, para no verla caminando por las calles sin un rumbo fijo. Cierta vez el familiar de ella entro a la pieza donde dormía (Josefa), y sintió un olor fétido, y buscando debajo de la cama le encontraron cuatro perros muertos y de allí le toco que salir a buscar vivienda. Josefa, como hace mucho tiempo, viene caminando por este callejón

de Calimita, el día que se vaya de este mundo quedara asustando por cuanto es la persona que camina más por estos lados. Los empleados de la alcaldía, le pasan de vez en cuando, un poco de alimento para mitigar las hambres que ha pasado Josefa a lo largo de estos años de vida. Su constitución física siempre ha sido delgada no podemos decir que algún día será gorda, ahora ha cogido el vicio de meterse la mano por dentro del pantalón y se rasca la cola, a Josefa no se le puede recibir un huevo de siete cascaras, porque todo lo que come lo coge con esas manos súper sucias. La mira uno en la calle y no se queja de nada, mejor dicho a Josefa no le duele ni una sola muela aunque yo creo que ya ni tenga. Josefa si le cambiamos su ruta de caminar se nos pierde dentro del pueblo y para volverla a iniciar hay que tráela a su punto de partida la vereda Calimita.

Yo creo que nuestros loquitos son la mayoría por no decir, todos calmados y no presentan problema para los habitantes de nuestro municipio. No se ha escuchado quejas de la ciudadanía sobre los dementes. “La residencia” en la cual habita Josefa es un cuartucho que solamente cabe una cama, su costal lleno de cuanta chuchería que encuentra en las calles de este municipio, unos zapaticos tenis bastante trajinado por la manera de caminar esta venerable anciana. La vida de Josefa solamente la sabe la mata de guadua y la cañadita que pasa por un lado de su cambuche. Siempre que he visto a Josefa por las calles del barrio los Alpes jamás se nota que no se ha bañado o aseado, solamente lo sabe

las guadas que la rodea. “Sera acaso, que Josefa come perros” pues no lo sabe si no ella, porque en su blusón así como lleva cuatro o cinco perros y el que lleva en la mano a los días siguientes no se le ve ni uno al pasar por un lado de ella.

Josefa por ser un personaje del pueblo debemos respetarla y aprenderla a querer por cuanto no es un peligro para los moradores y comunidad en general. Si la cuidamos tenemos un personaje histórico en nuestro pueblo. No me alcanzo a imaginar cuando Josefa no vuelva a caminar por estos empedrados y se note el vacío, con el transcurrir del tiempo se notara su ausencia; que por lo general mientras vemos a la persona nos acordamos de ella y si no sentimos el vacío, no permanece en nuestro recuerdo. Aquí termina la historia de Josefina la anciana.



EL HOMBRE QUE POR
RATOS MARTILLABA



Cortó y preparó el cuero que había comprado con la intención de terminar su trabajo al día siguiente, quería coserlos con esmero, con puntadas perfectas, para poder maravillar a sus clientes.

Los Hermanos Grimm

–Ahí viene, ahí viene... aprovechen y cáiganle–, escucha Rubén decir a tres muchachos que pasan corriendo la calle, y luego se le acercan y le dicen:

–Bájate de la cicla, viejo, pirobo– le indicaba un chico flaco que tenía un piercing en la ceja. *– ¡Huy pilas que es el zapatero, cómo lo vamos a robar, después quién nos cura las Nike!–* Sentencia el que al parece ser era el líder del grupo. Esa fue una de las ocasiones en que a Rubén

le sirvió haber arreglado en su vida miles de zapatos, entre esos zapatos estuvieron los de esos chicos, que hacen poco eran niños, según recuerda Rubén, y que dejaron de coger sus canicas, para dedicarse a coger –ahora– los bienes ajenos. *¡Aunque no siempre me he salvado!, dice el zapatero. Una vez se me metieron al negocio aprovechado la noche y se me llevaron la herramienta, unos zapatos listos para entregar, termina de contar entre risas.*

En el barrio la Gran Colombia por el lado de la carrera 32 con Simón Bolívar. Sector que tiene el rotulo de “zona roja”, todos los días Rubencho como es conocido por todos los lugareños y por la gente de los barrios cercanos, abre las puertas de su zapatería. Entre el olor a pintura que sale del taller de refrigeradores, los pitos de los buses afanados, las bombillas del alumbrado público no sirven, y se ve la diaria carrera loca de alguna persona que trata de recuperar su bicicleta arrebatada por un menor de edad drogado. Justo, en ese lugar, Rubén construye y reconstruye los zapatos de sus clientes desde hace más de ocho años, pero en realidad, lleva cuarenta años en la labor.

Si muchos llegan al oficio de la zapatería por necesidad, tradición familiar, por el rebusque, Rubén a diferencia de todos llegó al oficio gracias al amor. Hace cuarenta años cuando apenas cumplía los nueve, Rubén entró a la zapatería donde trabajaba Manuel, un enamorado de su hermana mayor Aleida. Quien le pedía a Rubéncho que lo ayudara a dibujar hormas, pero la verdadera intención

era que el niño fuera su informante. Manuel, para ganar el cariño *del cuñadito*, no vacilaba en responderle todas las curiosidades frente al trajín de la zapatería, y siempre los fines de semana le daba una jugosas recompensas. Lo que hizo que el niño quisiera ir después de la escuela al local donde laboraba el Romeo de su hermana.

En el rostro del zapatero parece que el enojo fueran expresiones inexistentes, acaso porque al nacer traía consigo la responsabilidad de alegrar los días de doña María –su señora madre–, abatida por la pérdida de dos hijos varones antes de su nacimiento. Rubén Arce Torres es el menor de los cuatro hijos vivos del matrimonio Arce Torres y es el de la sonrisa latente, dice la madre. A sus 49 años con su figura escuálida de raíces negras que lo hacen poseedor de un tumbao y gran tesón para el trabajo. Siempre se le ve en una bicicleta Cros. Y siempre lleva un brillo en la mirada que quien lo viera pensaría que en el mundo no hay maldad, y si la hay a él no lo toca.

Aparte de arreglar con gran maestría cualquier tipo de zapato, Rubén también sabe escuchar las historias de sus clientes. Se da cuenta de todo los por menores del barrio y sus alrededores gracias a su buen humor. “*Porque para hablar y contar chistes no tiene rival*” asegura doña Liliana clienta desde hace más de 7 años.

La zapatería de Rubén está custodiada por rejas azules que ostenta un letrero que legitiman su labor:

“CLINICA DE CALZADO, SE REPARA TODO CLASE DE CALZADO” Aunque sabe que ese nombre no tiene proyección comercial, le gusta la idea de sentirse doctor, en últimas él es un doctor. Pues a su local entran zapatos desahuciados: con rotos en el cuero, con las suelas desgastadas a un lado, con pérdida del color, y él los ha dejado como nuevos. *“Cuando llega un zapato, yo lo valoro. Siempre en cada caso hago mi mayor esfuerzo, dice con toda la solemnidad de un doctor cuando da a conocer un resultado médico. Todo lo que hay en el local son algunos escaparates donados, sillas recicladas, herramientas compradas a lo largo de su carrera. Gracias a todos estos elementos se logra causar en el ojo del cliente el efecto de buen surtido. Los artefactos tecnológicos son rudimentario, es el optimismo o la resignación, lo llevan a decir a Rubencho que su “maquinaria” contribuye a lograr un trabajo más artesanal.*

“Rubén es un hombre tranquilo y le pone amor al trabajo. Por eso es que nada lo asara” dice Celso su vecino. Es el amor a ese oficio el que lleva a Rubén a estar pensando buena parte de su tiempo en su quehacer, sin importarle que en ocasiones salga perdiendo dinero en los materiales por cobrar tan barato. Y tal vez es debido a esta entrega y a los buenos precios lo que han hecho que él –el zapatero–, sea uno de los más aclamados de todo el barrio. Lo curioso es que a la puerta de la zapatería casi nadie toca, sino que los zapatos llegan en un bolso verde oliva que tiene Rubén, porque mientras éste compra las arepas para el desayuno de su familia,

un par de clientas aprovechan que Rubencho pasa por el frente de sus casas y le hacen el pedido, o se llena el bolso cuándo va a saludar a su madre que vive dos barrios antes de la Gran Colombia. *“Porque lo mejor del servicio de Rubén es que es a domicilio”* dice María Conda una de sus tantas clientes.

Por otro lado, en la zapatería no sólo se encargan de despegar, pegar y martillar, pegar y volver a martillar para reconstruir, sino que en ocasiones Rubén deja salir su genio creativo, *“Esta es una clínica en todos los sentidos, tanto estética como reconstructiva”*, dice Rubén, mientras sentado mira fijamente el letrero de su taller. A Rubén no le importa la competencia, a pesar que son cinco los talleres que hay en el barrio. *“la competencia no es competencia, porque hay muchas pies para hacerle zapatos; y mucha pobreza pa’ comprar nuevos. Así que tengo lo mío asegurado”*. Pero esta sentencia en los últimos tiempos no funciona mucho. Hace dos años que Rubencho ha tenido que dedicarse a otras labores, pues la zapatería no daba ni para pagar los gastos de la casa. *“El 2010 fue un año duro. Había días en que sólo llegaba una clienta y con la perla que le fiara el trabajo.*

“Pero siempre hay una luz”, era la frase del zapatero por los días de crisis. Y de tanto decirla, esa luz brillo con fuerza. A finales del 2008 recibió la noticia de boca de Beto, su amigo de infancia, que en el Sena se estaban dictando cursos para aprender *“obra blanca”*, y con buenas posibilidades de llevar a los mejores a España.

Rubén se inscribió. Por esos días las jornadas de Rubén cambiaron. Empezó a ir a las clases del Sena, que eran en horario vespertino. Las mañanas y las noches eran para hacer los arreglos. En la actualidad, Rubén lleva realizado ocho cursos desde rústicos y estuco con sus cuatro niveles, pasando por el básico de enchape I y II, seguido de los niveles avanzados en instalaciones eléctricas domiciliaria y básico de gases. Del viaje a España no se volvió hablar, pero gracias a sus nuevos conocimientos ha logrado poner fin a tanta deuda que ya no lo dejaba ni dormir. “Porque deberle hasta el de los pandebonos es muy berraco”, dice Rubén, mientras se toca la cabeza.

Cuando se le pregunta a Rubén el que por qué no elegir cursos a fines a su labor, contesta como un niño que recita la lección aprendida: *“No dictaban cursos de zapatería y siempre es bueno saber otras cositas”*. A comienzos del 2011 comenzó a llevar a la práctica lo aprendido en el Sena, una misión dura recuerda.

Por su nuevo labor el taller casi siempre mantiene cerrado. Las señoras siguen yendo a la casa del Rubencho a dejar los zapatos y pese a la advertencia de su esposa doña Leila en la demora del arreglo, la clientela dicen que esperaban al zapatero. Así que cuando descansa los encargos son muchos y el tiempo es poco, debido a su nueva agenda y al cansancio. Por eso se ha ganadao el rótulo de zapatero ratero, por atender la zapatería solo a ratos.

¿Pero por qué no dejarla? ¿Por qué no dedicarse a lo que da plata? ¿Por qué no vender la herramienta? ¿Por qué no dejar de trasnochar a causa del coser y martillar zapatos? Rubén contesta con una sola palabra: Amor

Echando raíces en otro lugar

Quince mesas blancas sobre las que se extiende un mercado diverso y multicolor: Piñas, artesanías, verduras y dulces aparecen una vez al mes en la mañana de la plaza del pueblo. En los asientos que acompañan las mesas, mujeres sonrientes y vestidas con camisetas rosadas atienden a los curiosos que se pasean de puesto en puesto, probando las comidas o antojándose de alguna artesanía. Cada producto que se exhibe ha sido elaborado por las integrantes del Colectivo de Mujeres, liderado por Martha Bedoya, que posee una sonrisa clara y la voz firme, detrás de la que hay una historia de violencia, pero también de luz.

Atrás están las huellas

Martha tiene 40 años y a pesar de todos los hechos y cicatrices que la han marcado en la vida, tiene la piel fresca y su actitud enérgica no revela los pasillos oscuros de su pasado.

“Mi niñez fue muy difícil, por cosas de la vida y dificultades, mi mamá tuvo que dejar a varios de sus hijos, entre esos a mí. Yo vivía con una tía en Cartago, teníamos muchos problemas económicos, por eso a los 11 años dejé de estudiar. Se quedaron muchas cosas sin vivir y otras que no tenían que pasar, en ese momento las viví. La adolescencia fue muy dura, eso era de tropezón en tropezón.”

Las mujeres que hacen parte del colectivo son de diferentes lugares del país. Cada una prepara o crea diversos productos, hablan con acentos distintos y profesan creencias disimiles, pero todas tienen en común la violencia que apareció en algún momento de su camino, y que las arrojó de su lugar de origen, de su lugar de vida, hasta Restrepo; un pequeño pueblo que palpita entre las montañas del Valle del Cauca, ubicado al margen izquierdo de la cordillera occidental, sobre la transitada vía a Buenaventura. Un pueblo que se cubre de neblina en las noches frías y que al amanecer desplaza sus nubes para revelar el verde vegetal que rodea la población. Todas estas mujeres son desplazadas que aprenden a echar raíces lejos de sus tierras.

“A los 19 años me conocí con el papá del niño y me fui con él a Buenaventura, en esa época me limitaba a esperar a que él me diera lo que quisiera, yo lo veía como normal en ese momento. Con él aprendí hacer cositas de lácteos, yogurt, quesos, cosas así, vivíamos de eso. Él iba a vender a distintas partes de Buenaventura los productos; pero en esa época yo era como muy pasiva, estaba

como dormida, solo esperando lo que él llevara, lo que él pudiera o quisiera darme. Necesitaba que algo pasara en mi vida. En el 2000 se empezaron a ver los grupos armados, las cosas se pusieron muy feas. Nos amenazaron por las ventas de leche. Como mi marido iba a la montaña, hasta el bajo río Sabaletas, les vendía productos a los pescadores o la gente de por allá. Luego esas personas armadas empezaron a pedirnos lo que tuviéramos, comida, dinero...tocaba darles lo que fuera. Nos acusaban de colaboradores de la guerrilla, decían que mi esposo era informante.”

Martha se ha convertido en un punto de referencia para las mujeres desplazadas o víctimas de algún tipo de violencia. Conoce sobre los distintos procesos legales para defender los derechos de las personas en estas situaciones, y en el colectivo promueve charlas para socializar esta información y ayudar a que las mujeres sean conscientes de los beneficios que las cobijan en el caso de vivir el desplazamiento, una violación o cualquier maltrato.

“Una vez se metieron a la casa para sacarle información a mi marido. Él siempre negaba todo, les explicaba que no era cierto todo lo que ellos decían. Esa vez nos retuvieron dos días, eran 6 tipos, los vecinos no podían ayudar, y lo que ocurrió adentro fue el mismísimo infierno. si lográbamos salir nada sería como antes. Fue un momento muy violento. Allá ocurrieron alrededor de 70 muertes, gente del barrio, de sectores cercanos, personas que uno

conocía o se tropezaba en la calle. Esa experiencia fue algo que me marcó mucho. Ya he llorado tanto acordándome de esto, que ya no me duele de la misma manera, menos mal que a los niños no les hicieron nada.”

Cuando cuenta su historia hace pausas, se queda mirando hacia un lugar distante como invocando los recuerdos, desempolvando dolores; traga fuerte y vuelve a tomar vuelo para narrar su vida, de la que ella dice no es solo su vivencia si no un reflejo de todos los problemas de nuestra sociedad colombiana.

Un pueblo para quedarse

“Yo ya conocía Restrepo. Habíamos venido acá a vivir 4 meses. Yo trabajaba en un restaurante y me gustó mucho el pueblo y su gente...así que a los dos días de haber pasado eso en Buenaventura, nos vinimos para acá. Me acuerdo que llegamos con dos cajas llenas de las algunas cosas que logramos traernos, nos paramos en la esquina de la plaza y hacia mucho frío, un señor del que lamentablemente no recuerdo el nombre nos pregunto qué nos pasaba y yo en medio de mis desesperación le conté que una cuñada, que era el contacto que teníamos acá, ya no estaba. Ese señor nos pagó tres comidas y también una noche en una residencia, donde doña Paulina; allá terminamos quedándonos un tiempo, era muy barato y ella nos dijo que mientras conseguíamos trabajo nos podíamos quedar allá. Nos prestó unos fogones para cocinar,

aunque solo teníamos unos zapallos y cebolla, así comimos durante una semana, los niños a veces les daban nauseas de comer eso todo el tiempo, pero menos mal no se enfermaron. Luego mi marido consiguió trabajo en una construcción pero el contratista se voló y no le pagó nada a nadie.”

Martha conoce sobre derechos y procesos legales, maneja con destreza la palabra y se la toma muchas veces para validar su condición y la de otras que han vivido la misma situación. Habla de que la vida le dio la oportunidad de superarse y construir un mejor presente para su familia, para ella, pero también un presente que contribuya con su comunidad, esa que le brindó refugio cuando el desamparo la habitaba.

“En ese momento yo ni siquiera sabía que era una desplazada, nunca había ido a una alcaldía ni sabía nada de mis derechos. Luego conseguí trabajo en casas de familia, y pude meter a los niños a la guardería, empecé a interesarme por leer, por estudiar y me encontré con otra gente desplazada. Por esa época estaban en campaña política y yo me iba a todas las reuniones, ¡qué rabia porque no entendía nada de nada!, llegaba a la casa a buscar en el diccionario un poco de palabras.”

Tuvo la posibilidad de estudiar en las noches, de validar el bachillerato en un menor tiempo, invitó a sus amigas que también se encontraban en situaciones parecidas a las de ella, quería superarse académicamente

y así lo hizo, terminó graduándose con honores. Aunque habla con un poco de tristeza, pues ninguna de las 6 amigas con las que entró a estudiar, terminó.

“Entramos todas pero solo me gradué yo. En ocasiones me preguntaba ¿será qué sí vale la pena? ¿Será qué sí puedo? Es que tenía que ir al cultivo de tomate todo el día, me despertaba a las 4 de la mañana, luego en la tarde tenía que atender a los niños y de 7 a 9 de la noche, estudiar, más las tareas que me dejaban allá”

Echando raíces

Debido a su desempeño académico y actitud de liderazgo, Martha fue invitada a diferentes talleres, seminarios y charlas que enriquecieron sus conocimientos sobre la situación de desplazamiento de la que había sido víctima. Se vinculó con Taller Abierto, en la ciudad de Cali, y a partir de este momento fueron muchas las organizaciones y espacios que encontró en su camino y que ayudaron a forjar todo lo que tiene ahora.

“En el taller de promotoras comunitarias con énfasis en derechos de mujer, aprendí a elaborar derechos de petición, solicitudes a la alcaldía, actas de incumplimiento... y no solo para mí sino también para otras que las necesitaban.”

Consiguió con Sisma Mujer un contrato para dictar talleres sobre cómo efectuar distintos procesos legales

y con este dinero se matriculó en Uniciencia, para estudiar procedimientos judiciales.

“En este momento siento que la mejor ayuda que uno puede recibir es la educación, porque cosas como la comida por ejemplo, son importantes pero inmediatas, en una situación así lo que a uno lo rescata es la educación. Mi hija tiene 12 años y yo la llevo a todas las reuniones a las que voy, para que vaya enterándose de las cosas importantes. Una vez alguien me dijo que si uno quería saber si estaba haciendo las cosas bien que tenía que preguntarle a los hijos si ellos quisieran ser como uno cuando crecieran, y mi niña dice que quiere ser como yo.”

El colectivo de Mujer cuenta con más de 30 personas vinculadas. Algunas se acercan por su condición de vulnerabilidad en distintos aspectos, tanto sociales como económicos o educativos, otras hacen parte de grupos como Asofades, que es una asociación de familias desplazadas. Otras son víctimas de violencia de género, y así cada una lleva su historia difícil pero también su aliento de superación.

“He tenido la posibilidad de estar en Bogotá socializando mis experiencias y aprendiendo de otras mujeres. Varias organizaciones me han cubierto los gastos de mi viaje y parte de mi educación. En un momento de mi vida se me quitaron muchas cosas pero ahora tengo mucho, me siento muy rica en muchas cosas. He aprendido a valorar la familia, la naturaleza, a querer a este país, a mi

Colombia, a pesar de todo lo que pasó. Pero si hay que preguntarse ¿por qué esto de no poder sentirse seguro donde uno vive? Después de tanto tiempo entendí que nada de lo que me paso es culpa mía, la violencia cuando tiene el poder de camuflarse en el estado es más cruel, porque puede actuar con libertad. A mí me arrancaron de mi lugar, me quitaron muchas cosas, pero todo sirvió para que yo construyera una mejor vida.”

El sol se oculta en las verdes montañas de Restrepo y mientras la luz del cielo se transforma, ellas sonríen y hablan de lo bien que resultó el día. La mayoría ha logrado vender la totalidad de sus mercancías y con el dinero recibido darán forma a muchos de sus proyectos. Seguirán creciendo sus raíces, en un sitio que cada día deja de ser tan ajeno y se va convirtiendo en el lugar para sembrar y cosechar.



LA VOZ
DEL PRÓJIMO

Alejandra María Lerma García



A la 1 y 5 minutos de la madrugada de aquel martes, la tierra se sacudió y los cristales que adornaban las ventanas del Batallón de Infantería No. 8 Pichincha se mecieron como si bailaran de forma salvaje. Sin haber llegado a dormir, el capellán se levantó de un salto, tratando de dimensionar en su cabeza lo que estaba sucediendo. Alfonso Hurtado Galvis, de 32 años, se puso sobre los hombros el largo hábito negro y casi a pasos temblorosos se asomó por el pasillo.

Los soldados caminaban de un lado al otro, sin ningún tipo de orden entre ellos, y a través de la muralla del batallón los colores bailaban en el oscuro cielo, no había estrellas y la luna no se reflejaba. Una noche fría y oscura, como cualquier otra, sino era por aquel extraño resplandor.

Sin decir nada, sin ser consciente de que sucedía en la penumbra de Cali, el capellán Alfonso Hurtado subió al primer camión que partió del Batallón, poco más de 15 minutos después. A su lado, el subcomandante Jaime Rodas lanzaba órdenes a los hombres que iban; entre asustados y nerviosos; a una zona que parecía más de pesadilla que la de una ciudad como tal.

El cielo negro enmarcaba el hongo de colores vivos que se fundía en el cielo, lo que; extrañamente; le recordó a los videos de más de 10 años atrás, cuando el mundo vio la caída de las bombas en Japón. Mientras dejaban atrás la imagen del Batallón, más gente se apeñuscaba en las calles. En pijama y con los rostros ensombrecidos por las emociones, las personas gritaban y pedían auxilio; nadie sabía nada. Nadie quería saber nada.

En la esquina de la carrera 1 con la calle 21, el camión se detuvo de improvisto y los hombres vieron con horror lo que debían atravesar en adelante. Cuando el joven capellán colocó sus pies en el suelo, pudo sentir el calor de brasas a fuego lento, el olor de piel quemada y el ruido escabroso de lo que aún se movía bajo las toneladas de escombros.

No habían avanzado ni un metro cuando sus pies chocaron con un brazo que se perdía bajo una pila de escombros, de lo que parecía haber sido una puerta y unos cuantos ladrillos. Uno de los soldados a sus lados la movió con repulsión mientras comprobaban que no

había nada de movimiento. El hombre lanzó una bendición al aire y sorteó un gran pedazo de cemento que obstaculizaba su camino.

Siguió caminando con paso lento, metiendo sus manos bajo pilas de material destruido, con el oído predisposto a cualquier sonido que le dijese que había algo ahí; en el barro o bajo el cemento que había volado en pedazos; pero lo único que se escuchaba en las calles; oscuras por la ceniza; eran los sonidos de las botas al chocar con el pavimento y de escombros moviéndose mientras a la lejanía, el sonido de las sirenas y los gritos hacía más pesado el aire.

Balbucesos y gritos fue lo que alertaron a los soldados, que en silencio, seguían escarbando entre los poco que podían ver. Él hombre apareció entre la oscuridad, con la ropa interior cubierta por la ceniza negra y el rostro ensombrecido en dolor. Llevaba el arma en la mano y repetía una y otra vez que lo había perdido todo, entre ello, a su esposa y sus hijos.

El padre Alfonso se adelantó y le murmuró que se calmase, temiendo otra tragedia; pero el hombre negó con desesperación y el sonido del disparo resonó en la silenciosa noche. El cuerpo cayó a los pies del capellán que solo se limitó a cerrar los ojos y dar una oración. No podía; después de todo; hacer más.

Para cuando ya habían avanzado unas calles; o lo que

parecieron calles; los gemidos de los sobrevivientes comenzaron a resonar entre los montones de cemento y barro que cubrían todo lo que podía ver. A la joven la encontró recostada entre los escombros, con el cuerpo embarrado y la mano sobre su vientre. No tenía poco más de 18 años y él se agachó a su lado mientras notaba como ella; en medio de la incertidumbre y la oscuridad; daba a luz.

Escuchó que ella murmuraba el nombre del bebé con esfuerzo, mientras él arrullaba a la pequeña recién nacida. “*María Eugenia*”, volvió a murmurar ella con la voz entrecortada y él sonrió; porque, por ese pequeño momento, la luz se veía en medio de la oscuridad.

Poco después, la penumbra volvió a sumirse sobre él y los hombres que avanzaba con esfuerzo; habían sacado a algunos niños de entre los escombros, con los ojos llorosos y los pechos contraídos en un gemido sollozante. Y luego vino la niña, cubierta por el polvo que se pegaba al barro sobre su cuerpo y con la sangre seca escurriendo de poco a su alrededor. La tomó en brazos, como si fuese una muñeca y él, capellán de un batallón militar, le dio el bautismo con el agua sucia de barro y esperó, con paciencia, a que se fuese entre sus brazos.

Y entonces el cielo comenzó a cambiar, el tono rojizo fue dando paso al sol, que permitía vislumbrar entonces la verdadera magnitud del acontecimiento; ya no necesitaban de las linternas o de la poca visibilidad que

sus ojos podían notar. El capellán pudo observar, con estupefacción, los cuerpos sobre los techos, los vidrios en el suelo y el lodo que cubría las calles. Llevaban cuatro largas horas y el letrero decaído que rezaba “Calle 25” fue lo que los saludó en una esquina.

Los cuerpos se habían resumido en bultos sanguinolentos o en pedazos chamuscados que eran posibles de rastrear por el olor putrefacto que desprendían. Sin embargo, sus ojos dieron con algo revelador. Los uniformes que portaban algunos cuerpos y algunas partes de autos, le dieron los primeros indicios. Y recordó con vaguedad, a los seis camiones que; cerca de las 5 y media de la tarde, del 6 de agosto; el día anterior; habían aparcado en la entrada del batallón, con más de 40 toneladas de dinamita y pidiendo permiso de entrar. Recordó la orden dada por el capitán Camargo – oficial de servicio del batallón – le había dado a aquellos hombres. “*Campo abierto, lejos de los civiles*” habían sido sus palabras. Pero al parecer sus órdenes no habían sido cumplidas.

Aunque los sobrevivientes eran sacados con los cuerpos cubiertos en suciedad y graves quemaduras, el sentimiento de desazón no desaparecía de los soldados y la gente comenzaba a acumularse en las esquinas, tratando de pasar o de ver algo más que los escombros cubiertos por ceniza, que los cuerpos o los miembros humanos sobre los techos. Algo más que el enorme cráter de más de 7 metros de profundidad y 40 de diámetro en donde antes habían estado las vías del ferrocarril del

Pacífico; ese que tanta prosperidad le trajo a la ciudad, desde que lo inauguraron en el 1910. Las personas necesitaban ver algo más que el horror que sacudía lo que siempre había sido un lugar tranquilo, la capital del cielo.

Mientras se acumulaban los hombres y mujeres desesperados y los voluntarios se escurrían entre las ruinas, el padre Alfonso se dedicó a tomar cuerpos y sobrevivientes mientras repartía órdenes y bendiciones. Sin poder dimensionar con precisión el que hacer frente a algo así. Las horas pasaron y las ayudas llegaron y se fueron con la misma rapidez mientras él enviaba y enviaba heridos a los centros más cercanos, mientras a sus oídos llegaban vagan noticias de hospitales colapsados y largas filas de donantes de sangre.

Además de su arduo trabajo, pudo ser consciente de que Cali entera se movilizaba y aún sin dormir, sin comer bocado entero y con el corazón latiéndole en la garganta, el capellán que siempre estuvo al tanto de militares, ahora se movía con facilidad entre escombros, buscando y escuchando algo que indicase vida.

Un día, dos días... Tres días. Y Cali parecía seguir ardiendo en llamas. Pero poco a poco y con esfuerzo, las brasas comenzaron a pagarse y la ciudad continuó; casi obligada; con su propio progreso. El capellán enterró frente al alcalde, un notario y el obispo auxiliar, más de 1.500 cráneos y con eso, se dio por cerrado aquello que sacudió a la ciudad un martes 7 de agosto.

Pero el padre Alfonso no se quedó ahí, como el hombre inmortalizado en aquella foto, con el hábito negro colgando de sus hombros y las manos ya cansadas de levantar y levantar. Él hombre que había estudiado derecho en la ciudad de Bogotá y que se había inmerso en el mundo como sacerdote luego de haber dejado atrás incluso una mujer a la que amó; se permitió trabajar entonces por la ciudad, por cada uno de los hombres y mujeres que habían quedado tras la explosión.

El primer paso no fue sencillo, ayudar a que los demás dejaran ir la carga que aún con 40 días de feria seguía presente, latente y anhelante entre los caleños. Lo siguiente que se permitió hacer, fue abrir su propio espacio, donde pudiese ser capaz de llegar a los oídos y los corazones de quien quisiese escucharlo a él y a la palabra que llevaba. Nació así, el 19 de julio de 1958 “La voz del prójimo”, que se convirtió en la forma de expresar lo que no se podía expresar, tras dos años de llorar muertos y tragedias.

Él capellán que llegó inexperto al Batallón que se ubicaba en el paseo Bolívar, con los nervios haciendo temblar un poco su cuerpo mientras era presentado frente a los militares; soldados de miradas rudas que lo observaban con desinterés. Él capellán que no durmió tres días mientras salvaba al que podía aún envuelto en cenizas de una explosión.

Él hombre que criticó de manera fuerte un gobierno y fue censurado sin retractarse, en 1963 en plena plaza

de toros de la ciudad. Él hombre de la tarjeta de locución número 119 y de la licencia de periodismo número 2312 que en 1993 reencontró a una mujer, Doña Gladys, con su familia.

Él hombre que dictó clases de derecho y filosofía y que sigue caminando con calma mientras pasea por la correccional femenina tras hablarles en la mañana.

El padre Alfonso Hurtado Galvis, él de las dos patrias: Cali, donde nació en un pequeño cuarto del barrio el Peñón, hijo de un amor prohibido entre conservadores y liberales y Buga, donde la vida espiritual se presentó en él. Ese hombre, un poco encorvado ya con el paso de los años, de las penas y las alegrías.

Él de la foto con hábito negro y él de la voz del prójimo... Porqué nadie en Cali se acuesta sin escuchar la voz de los que no tienen voz.

(...)



CONVIVIENDO CON LOS MUERTOS

Luisa María Rodríguez Astudillo



Casi que huyendo le tocó salir a don Manuel, el día que el río Magdalena inundara su pueblo natal, San Pablo, ubicado al sur del Bolívar. Esto fue en el año de 1989 cuatro años antes de haberse casado con su mujer de origen caribeño, mujer con la que actualmente convive. Han pasado 23 años al presente y aun sigue recordando que la primera vez que cogió a un muerto lo hizo por los pies, quizás ésta ha sido la única vez que a fruncido el ceño cuando habla de los muertos y es que ese día sintió el calambre tan verraco que produce el frío de los cuerpos sin vida.

En aquella oportunidad, fue una preparación sencilla, una dosis de formol y listo. La segunda vez, fue la prueba determinante, el fallecido era un hombre que traían de Medicina Legal, su cuerpo era irrecono-

cible, se encontraba en estado de descomposición, el tanatologo chorreó todo con sangre, para que Manuel lo limpiara, al terminar quedaron insertadas las tres palmaditas en la espalda diciendo; -¡Pasaste! ¡Pasaste la prueba! Ahora iba a tener un empleo con que mantener a su mujer y a sus cuatro hijos.

Así fue, que Manuel, se inició en esta profesión: La Tanatología.

Son las 5 de la mañana, aun no ha salido el sol, el invierno parece haber regresado después de una larga ausencia, lo noto, por la presencia de abrigos largos que cubren el rostro de la gente, algo inusual en una ciudad como Cali.

Los paraderos están vacíos, los buses parecen andar más lentos que de costumbre, se ve poca gente deambular. Los taxistas se empiezan aglomerar a esperar a que el carbón encienda para beber tinto caliente. A mano derecha, del Seguro Social, se ve la funeraria, y al fondo, una luz que alumbraba un cuerpo en velación. Manuel no ha llegado. El tanatologo de turno se pasea a lo largo del pasillo, con las manos metidas dentro de los bolsillos y haciendo sonar contra la baldosa unos zapatos con tacón, su turno, está por acabar. Quedan 15 minutos para que empiece la jornada de Manuel.

El tráfico vehicular empieza a entorpecer las calles y fuera de los taxistas, empiezan a aparecer los pregone-

ros de los buses, los calibradores, los vigilantes de trapo rojo, los enfermeros, los que venden arepas con huevo y chorizo frito, y un sinfín de gente, que se moviliza rumbo a sus quehaceres, entre ellos, don Manuel, que apareció en medio de la calle, esquivando buses y carros. Antes de entrar a su sitio de trabajo, aprieta el nudo de su corbata, lo hace estirando el cuello hacia atrás y sacando hacia el frente sus hombros descolgados.

-Buenos días don 'Joaco' –Dijo la secretaria.

-Buenos días.

A don Manuel los más allegados le dicen 'Joaco' y el que no le tiene confianza le dice Joaquín y el que menos le tiene, le dice don Joaquín. Su nombre completo es Manuel Joaquín, pero yo lo conocí como Manuel, por eso no se le haga raro si a veces su nombre cambia.

Se dirige hacia el fondo, por un corredor largo que todo el tiempo huele a ambientador y a esencia de rosas frescas, al final una puerta, con título de clínica; ***Sala de Tanatopraxia. Área Restringida.***

Las bandejas de aluminio y las 2 únicas camillas están vacías, al igual que los frascos de formol. Sobre el lavamanos permanecen dos guantes usados de látex, no hay cuerpos que arreglar. El laboratorio, por ahora, está vacío.

Son la 8:45 de la mañana, los teléfonos han empeza-

do a sonar, don Manuel está sentado alrededor de una sala de espera, con los pies estirados, desliza sus manos por los párpados y pómulos y deja ver sus ojos grandes y negros. -Don Joaquín hay que recoger unas cenizas a las diez de la mañana. -Dijo la secretaria-, con el teléfono en la mano.

En la funeraria siempre hay algo por hacer, y más a don Manuel. Cuando no está arreglando muertos, conduce el carro fúnebre y cuando no, se encuentra en el cementerio haciendo sepelios.

En menos de tres minutos entró la siguiente llamada, informando que un hombre al parecer de las fuerzas militares había muerto. Y más se demoró la secretaria en colgar, que en aparecer un miembro de la policía. Se veía agitado.

-Es qué necesitan el teléfono de aquí, como que acaba de morir una persona. Central, le sigo 6616830 aquí se encuentra la señorita...

-¿Cómo es que es su nombre?

-¡Yuri!

-Yuri. -Dijo el policía entrecortado-, y de inmediato salió.

Manuel se incorporó, su día de trabajo había empe-

zado. Se arremangó los puños de su camisa y llenó un balde con agua, para limpiar los rines empantanados de la lluvia del día anterior. Mientras desliza el trapo húmedo por el hierro del rin, dice que la muerte llega en cualquier momento, pero que para las épocas de fiesta, como diciembre, suelen incrementarse el número de fallecidos. Hay veces en que por turno le toca arreglar cinco, tres, dos muertos o uno sólo. A veces ninguno. Lo que más lo hace sentir bien, es cuando una persona o familiar de algún difunto le dice:

-¡Huy! como quedó de bien mi papá...

U otra frase que menciona con regularidad:

-Gracias porque le quitaste como 20 años menos a mi mamá.

Y es que don 'Joaco', sabe maquillar, pintar labios, delinear cejas, arreglar uñas y otros trucos para que los cadáveres queden tal cual eran en vida. Inclusive mejor.

A pesar de que esas frases lo hacen sentir bien, a don Manuel se le siente cansado, su piel ha empezado a arrugarse y sus expresiones en la cara reflejan un largo recorrido por la vida. Desde hace mucho tiempo que perdió la noción de los difuntos que han pasado por sus manos, entre ellos recuerda al de Tito cortes y al de Chepe Santa Cruz.

Manuel al hablar lo hace pausado y hay veces en que

pareciera tener que acercarle la oreja para poderlo escuchar. Hay algo que el tiempo no ha podido borrar y es el acento de la costa caribe. Ese con el que menciona; -'Etoy' pensando en 'retiarne'. Sí, 'ia' quiero 'cambia' de ambiente. -Dice mientras escurre el trapo con agua sucia.

-¡Joaquín! ¡Don Joaco! Ahora sí... Volando que se me vinieron dos policías encima. -Mencionó la secretaria airadamente-. Manuel no respondió. Sabía que era lo que tenía que hacer. Encendió el motor 3.600 del Buick del año 1980, pisoteó dos y tres veces el acelerador, para calentar bugías y aceleró como un camión de carga a traer el primer difunto de la mañana.

Al llegar al sitio, parqueó en reversa y se ajustó unos guantes blancos de látex. El cadáver, llevaba unas cuantas horas de muerto. En medio de llantos y oraciones al más allá, cogió el cuerpo frío y desquebrajado y lo colocó en la camilla de aluminio.

La misma funeraria en que hace unas dos horas atrás se encontraba solitaria y en silencio, empezó hacer rondada por el murmullo de los huéspedes, acompañado por uno que otro sonido callejero, como las sirenas de las ambulancias del Seguro Social. Don 'Joaco' había ingresado con el cadáver por la puerta de atrás, trepó el cuerpo sobre el mesón y dijo: -Ya vengo que me voy a disfrazar. Se calzó con botas de caucho, overol de dril, tapabocas, guantes y lentes de aumento. En su mano llevaba una maleta de plástico, similar a donde depo-

sitan las tuercas y las herramientas del hogar, llevaba tijeras de cirugía, torniquetes, pinzas, agujas y objetos corta punzantes. En el otro bolsillo había algunos polvos para maquillar, labiales de diferentes tonalidades y dos cuchillas de afeitar.

-Aquí se ve que el usaba el bigote. ¿Cierto? -Preguntó-, mirando el rostro del cadáver. Pasó la cuchilla con detenimiento y trató de pulir hasta el último detalle, ahora el bigote se encontraba en su máxima expresión. Después agarró con las pinzas una buena cantidad de algodón para rellenar la boca, labios y pómulos. El muerto parecía cambiar de semblante, faltaba algo en especial, el color de la piel, aún era verdosa y pálida, pero no duraría mucho, porque por la yugular había inyectado 35 miligramos de formol. -El químico que nosotros aplicamos es rosadito, entonces no creo que haya necesidad de maquillar. -Dijo 'Joaco'. Mientras la máquina inyectaba el formol, las venas se empezaron a brotar, el estómago se infló y el cuerpo se endureció como una piedra.

A 'Joaco' nunca se le ha dañado un cuerpo en velación, y es que sus manos grandes parecen acariciar el cuerpo de los difuntos, les hace masajes y estiramientos continuos para que las coyunturas, sean flexibles a la hora de vestirlos.

Ha pasado una hora exacta, desde que puso el cadáver en la camilla. Por lo regular un procedimiento nor-

mal, dura dos horas. Ya había aplicado el formol, rellenado con algodón la boca y la nariz, y había cosido con nailon la incisión por donde transita la yugular.-Ahora, sólo falta succionar la sangre. -Agregó.

A unos cuantos metros de la camilla, se encuentra la maquina que succiona, -Manuel le llama la aspiradora-, al encenderla parece el motor de una lancha en alta mar, es un ruido constante que silencia cualquier sonido de la voz. 'Joaco' empuña en su mano una varilla en forma de espada, me atrevo a decir un chupa sangre. Lo prueba en la palma de sus guantes y cuando ya está listo, procede a perforar la piel. Lo inserta a unos cuantos centímetros del ombligo y dice entre risas;

-Aquí también hacemos 'lipo'.

En lo que más se fija don Manuel a la hora de arreglar un cuerpo, es en el rostro, por eso con regularidad lo está observando, coge nuevamente el mentón con el índice y el pulgar y lo voltea de izquierda a derecha para dar con los últimos detalles. Quita dos lanitas de algodón que brotan de los labios y da por terminada la hazaña. Ahora sólo falta vestir y listo. Hace unos segundos atrás le habían dejado una camisa de lino blanco y un pantalón oscuro, con las cuales don 'Joaco' vistió al difunto. Después de colocarlo en el ataúd dijo;

-'Lito ia eta'

Minuciosamente se fue quitando los guantes, el overol de dril, las botas de caucho y el tapabocas. Salió por la puerta principal y mientras caminaba volvía a justar el nudo de su corbata. Se sentó en una solitaria sala de velación, se veía exhausto, recostó su espalda a la pared y cerró los ojos, al frente de un cristo de madera y un ataúd cubierto de rosas. Al fondo se escuchaban nuevamente los teléfonos sonar, los motores de los carros acelerar y los muertos a llegar. El turno de Manuel, había acabado. En casa lo espera su mujer y sus cuatro hijos, quizás su máxima adoración y el motivo por el cual hace 23 años decidió convivir al lado de los muertos.

La ventaja de la crónica como género es que promueve la curiosidad de investigador nato que es el niño, a buscar en su entorno historias para contar. Los niños de ese modo salen del mundo en qué viven y se da a la observación del mundo que le rodea, esto es el primer paso para enfrentarse de manera activa con el mundo en que vive. En esa perspectiva hace algunos años la Biblioteca Departamental del Valle citó a estudiantes de colegios del Valle del Cauca a un concurso de crónica sobre personajes de sus pueblos.

Clara Luz Roldán
Gobernación del Valle del Cauca

